

¿Me permite usted un pequeño paréntesis de psicología de los pueblos? Se nos ha dicho con tesón que España es romántica. Entiéndase por ello el individualismo cerrado, la aversión a las imposiciones («regla de tres unidades» que los españoles desecharon antes que nadie), el desorden en los sentimientos, no desprovisto de belleza, la improvisación continua (cuando un español se pone a escribir—ha dicho Ganivet—no se sabe si va a hacer una obra maestra o un mamarracho); la afición a la realidad, que no siempre llega a purificarse, pero conserva inmortal sabor hasta en la exageración soez del buscón don Pablos.

Este es el panorama; ¡pero cuántas cosas quedan por retocar! Durante siglos, el español que leyera a Aristóteles y más tarde a Boileau, desconfía de sí mismo y de su genio. Su genio no siempre es aristocrático, pero la literatura lo es aún: las palabras que no provienen del latín, los giros populares, enfurecen a los puristas. Hallamos desde los comienzos espíritus de tendencias nobiliarias que oponen giros afectados al lenguaje simple de la parroquia. En la más admirable obra maestra de España, a mi gusto, *La Celestina*, se advierte ya el contraste: el más rápido, el más adorable de los lenguajes, cuando son la alcahueta o los criados quienes charlan; el tono de orador latino cuando se lamenta el padre noble, con la grandeza acompañada de Manrique. Notad cuán poco estiman los escritores de la época las farsas tituladas *Don Quijote*, *El Buscón*; sólo el éxito popular y la posteridad apelarán de tal fallo patricio. Cervantes y Quevedo no están orgullosos, como quisiéramos, de haber escuchado las reflexiones de la santa canalla; en nuevos libros procurarán mostrar, siguiendo la corriente, que son capaces de escribir con distinción y ornato, según las pomposas reglas de entonces.

Mirad el reverso de la medalla. En la raza española existe, desde Séneca, la preocupación del habla elegante.

los neologismos elegantes del poeta de Nicaragua. Son dos momentos patéticos del español. Otra vez hemos buscado la dulzura perdida; para hallarla mejor y más recóndita, volvemos a extrañarnos por las selvas de las alegorías hasta que sólo Góngora y los ruseñores puedan comprendernos. Acabamos de italianizar con mieles de Petrarca la lengua recia cuando ya un comentador de Herrera nos advierte «que los modos de decir en las obras poéticas an de ser escogidos i retirados del hablar común». Si el mismo Herrera vuelve al desusado y alto canto es para comenzar a escribir con los preciosismos de ciertas obras umbrías del gran Leopoldo Lugones. Si nos alejamos del hablar común, nuestra lengua enrarecida llega muy pronto al jeroglífico; pero la simplicidad también se llama Sancho. Para libertarnos de la jerigonza o del pedestre refrán, es preciso que vengan, cada siglo, poetas de Italia, de Nicaragua o de París de Francia.

De esta carta han hablado ya: Gómez Carrillo, Sanín Cano, Hernández Catá, García Sanchiz, M. de Toro Gisbert, León Pacheco, Francisco García Calderón, A. Zérega Fombona y Armando Donoso.

Quisiera el REPERTORIO AMERICANO oír otras opiniones. Se atreve a solicitar las de algunos de los escritores de América y España que lo reciben y leen a menudo. La lista es larga, si fuéramos a trasladarla toda. Para el caso, valgan unos cuantos nombres:

A. Reyes, J. Vasconcelos, Antonio Caso, Mariano Silva y Aceves, Xavier Icaza, Julio Torri, Genaro Estrada, J. de la Luz León, Félix C. Lizaso, Dr. E. J. Varona, Jorge Mañach, E. Roig de Leuchsenring, José María Chacón y Calvo, Emilia Bernal, P. Henríquez Ureña, Max. Henríquez Ureña, C. Coll y Cuchi, Rafael Arévalo Martínez, C. Wild Ospina, Froylán Turcios, Raf. H. Valle, Alberto Masferrer, N. Altamirano y Viera, Presbítero Pallais, Salomón de la Selva, R. Brenes Mesén, Rómulo Tovar, Rafael Cardona, Alejandro Alvarado Quirós, O. Méndez Pereira, A. Nieto Caballero, Eduardo Santos, Ramón Vinyes, Germán Arciniegas, Guillermo Valencia, Armando Solano, A. Restrepo Gómez, C. E. Restrepo, Cornelio Hispano, Santiago Key Ayala, Ml. Díaz Rodríguez, R. Blanco Fombona, J. Austria, Jesús Semprum, Gonzalo Zaldumbide, Edwin Elmore, A. J. Ureta, A. Bellaunde, R. Jaimes Freyre, Franz Tamayo, Alcides Arguedas, Pedro Prado, Enrique Molina, Eduardo Barrios, Gabriela Mistral, Dr. R. Lenz, Francisco Contreras, J. Ingenieros, A. Nin Frías, Leopoldo Lugones, R. A. Arrieta, Ricardo Rojas, A. Gerchunoff, Leopoldo Díaz, R. F. Giusti, M. Gálvez, Ml. Ugarte, Natalicio González, Manuel Domínguez, Juan E. O'Leary, Hugo D. Barbagelata, Dr. C. Vaz Ferreira, Juana de Ibarbourou, José Moreno Villa, Eugenio D'Ors, José Ortega y Gasset, R. Pérez de Ayala, Federico de Onís, E. Díez-Canedo, Antonio Espina, Ed. Gómez de Baquero, Azorín, R. Gómez de la Serna, Juan R. Jiménez, C. Rivas Cherif, Miguel de Unamuno, Ramón del Valle-Inclán, Luis de Zulueta, Américo Castro, Gabriel Alomar, Luis Araquistain, Pío Baroja, José Bergamín, Antonio Marchalar, Ramiro de Maeztu y Antonio Machado.

Aprovechamos esta ocasión para declarar que faltan en la lista de envíos del REPERTORIO algunos escritores hispano-americanos importantes de que no tenemos las señas. Que nos las den, si quieren recibirlo.

Tendremos, a través de los siglos, excelentes latinistas, que no escriben sino a pesar suyo en español, cultos joyeros de la prosa damasquinada, maestros de musical secreto, como Góngora; escultores de la medalla verbal, como Gracián; reyes de armas del honor de los ricos, y, como Calderón, poetas metafísicos. En una palabra: escritores solemnes, semejantes a esos hidalgos que arrastraban la espada por las pinas callejuelas de Castilla la Gris. ¡Cuidado! El pueblo está hablando, a pesar de todo, por la boca indecente de estos *graciosos* del teatro, que van a decirnos las verdades, como bufones que abandonaron la Corte. ¡Santa canalla, que tiene el diablo en el cuerpo, y cuánto ingenio! Es un lacayo como Juan Jacobo Rousseau quien se físga de la rigidez ambiente; es *Fígaro*, que emigra y va a ser figurante de la Revolución Francesa; pero me extravió en la política...

Volvamos a este realismo que desinfla odres hinchados, a este Sancho que nos lleva a la humilde tierra de los asnos. Un primer galán de Calderón, uno de esos pasmados cortejadores, ridículos y tan simpáticos a la vez; un Tenorio maganto que sabe morir de amor y de mil maneras zurce ya sus madrigales complicados de jesuita, cuando su humilde escudero le recuerda con una carcajada que no estamos en el famoso «país del terno». Mientras los místicos repiten en su roca estéril la queja romántica de Job, escuchad al farsante demócrata, al manso ladrón y al buen estoico que los novelistas llaman *pícaro*. Las dos familias, las dos grandes especies, se codean y

se entienden, porque a menudo, como en el alma española, don Quijote sabe de malicias y cualquier Gil Bias no carece de grandeza. ¡Qué le vamos a hacer si tal mixtura desconcierta a la crítica extranjera!

Comienza desde antiguo la vena burlesca y popular, el realismo desvergonzado que suelta soeces decires contra toda cosa patricia. La misma poesía, el arte sagrado, comienza allí por boca de los humildes: el primer gran poeta español, el Arcipreste de Hita, no desdeñaba escribir para los mendigos canciones que ellos repiten en las ferias o en el pórtico de las iglesias pueblerinas. Quizás la canción es pimentada; pero el humilde artesano que la canta graba entonces en la piedra del templo la verdad escabrosa que a nadie ofende en la Edad Media. Los ciegos son en España trovadores humildes, como los protagonistas de la novela picaresca parecen héroes fracasados. El lirismo es popular allí y las *coplas* anónimas nos prueban que la vena local nunca se agota.

¿Por qué se aleja el escritor de esta gracia estelar y de este don inocente? ¡Ay!, tiene razón a menudo, y aquí nos sorprende un misterio peninsular. En el pueblo